



In illo tempore. *Memorias de Vicente Marco Miranda*

València: Consell Valencià de Cultura, 2005, 475 pp.

Las páginas sencillas y evocadoras de una niñez y adolescencia casi bucólicas no presagian la emergencia del titán ciudadano y político en que se convirtió el joven valenciano (Castellón de la Plana, 1880) desde su ingreso en el diario *El Pueblo*.

Hacia muchos años que los amigos de Vicente y Félix Marco Orts les insistíamos para que publicaran las *Memorias* de su padre. Se resistían. Acabadas el 30 de julio de 1942, y revisadas por el propio autor en agosto del mismo año, no han visto la luz hasta marzo de 2005. Mucho tiempo. Primero se debería a que en la dura posguerra, habiendo sido Marco Miranda perseguido hasta el punto de «ejercer» de topo, hubiera sido una imprudencia tal alarde. El resto ha sido escrito por su hijo Félix en la «Nota previa» de la publicación: «Hubo que esperar muchos años, los que tardó en morir el dictador, antes de pensar siquiera en que estas memorias pudieran ser publicadas». También hubo de pasar tiempo hasta que sus hijos decidieran que el publicar las opiniones de su padre sobre personas todavía vivas fuera conveniente. Y encontrar la oportunidad de ordenar el escrito entre los avatares de la vida cotidiana. Finalmente, gracias al empeño de dos grandes amigos, Santiago Grisolia y Vicente Muñoz Puelles, y al apoyo financiero del Consell, ya tenemos esta obra en las manos.

Y, ahora, la responsabilidad se ha trasladado a quienes como yo, con mi audacia e imprudencia, me comprometí a escribir esta reseña. Porque de entrada se trata casi de 500 páginas escritas por un narrador, periodista, cronista, historiador consumado y además protagonista. Y abarcan un período amplísimo y muy denso de la historia de Valencia y de España. Así debo hacer una elección: escribiré sobre la tercera parte, desde su llegada a Valencia y, de ella sobre las cien páginas que comprenden la República y la Guerra Civil. La «Nota previa» de Félix Marco recoge los recuerdos de sus primeros veinticinco años que, para los valencianos, son un testimonio entrañable que nos retrotrae a los tiempos de nuestros padres y abuelos.

Me permitiré, sin embargo, empezar con un texto –cita– que manifiesta a mi juicio una parte de su carácter, su sensibilidad, al tiempo que implica la faceta de su vida que voy a destacar: el periodista, el político.

«Tuve una casita y un huerto. Me los arrebató la dictadura de Primo de Rivera. Tuve más tarde una casa y un jardín. En el jardín, como en el huerto, crecen árboles, rosales, jazmines que yo planté. Mi madreseña, lozana, frondosa, se extiende por lo alto de la casa, cubre la pérgola de la entrada, se asoma al que fue mi aposento. Esa casa y ese jardín me los robó la dictadura de Franco... ¿No querrá la muerte concederme la ventura –¡no será más que por una vez!– de que se cierren mis ojos tras de contemplar desde aquella ventana amada, rodeado de mi mujer, de mis hijos, los jazmines, la madreseña que yo plante?»

Pues no, ni la muerte, ni la vida le concedieron aquel sencillo deseo. Y, seguramente porque, al contrario de lo que opinaba su correligionario Carlos Esplá: «Marco Miranda no es político», Marco

Miranda fue un político en el mejor sentido de la palabra. En otra cita necesaria Marco definiría «aquella política» para la que no servía:

«Política es ocultar, callar o defender los atropellos cuando los cometen los amigos. Y yo no he sabido hacer eso. Político es quien da la razón a los amigos, aunque no la tengan, y no la reconoce en los enemigos, si la tienen. Éstos, si son políticos, no lo agradecen; los amigos lo censuran ... El político ha de dimitir su independencia frecuentemente, cuando así conviene al jefe o al partido, aunque uno y otro obren contra toda razón. El político no alcanzara cargos elevados como deje de asistir a las tertulias del jefe, y no sea un poco criado, más o menos dignamente. Yo no he asistido nunca a ninguna tertulia...» (p. 442).

Solo por estas citas y algunos pasajes que no puedo recoger, creo yo que este libro tiene mérito sobrado. De este Marco político, a su manera, trata la parte que voy a comentar.

A los 25 años, o sea en 1905, sale de Burriana para vivir en una Valencia que encuentra inmersa en la lucha entre blasquistas y sorianistas. Una Valencia de principios de siglo xx, que es reflejada con el mismo acierto y gracejo que caracteriza la primera parte, «rica, sin grandes miserias... vieja, con cierto aire huertano». El alumbrado público es aún de gas y los tranvías eran arrastrados por caballos. Cigarreras y pescadoras, los *fematers* (basureros en valenciano) y las vacas de leche recorren aún la ciudad. Para un valenciano o valenciana resaltan entrañables estas pinceladas escritas. Teatros, periódicos, la Alameda, con la gente rica paseando en faetón. Y, como fondo, «el Rosario de la Aurora» y la porfiada guerra de los partidarios de Blasco Ibáñez y de José Soriano, cuyo origen relata.

La vida política de Marco comienza con su oficio de periodista y la adscripción al blasquismo. Félix Azzati había pasado a ser director de *El Pueblo* en lugar de un pariente que le había ofrecido un puesto de trabajo en el periódico, que ocupó «aunque de sueldo no se me hablaba ni yo me atrevía a pedirlo». Como corrector empezó a ganar nueve reales y algo después once. Sus emolumentos nunca fueron de político lerrouxista.

Animada descripción de periódicos, periodistas y sus tertulias van introduciendo al lector en la política provinciana, muy clientelista aún de Madrid, aunque el partido de Blasco pretenda marcar su autonomía. De su vida política, vista a los sesenta años, la etapa que recuerda con más cariño es la de su pertenencia a la Juventud Republicana, «con sus luchas, su desinterés, su camaradería, fue verdadera familia, donde los socios estábamos unidos por sentimientos fraternales y alentados por la llama del entusiasmo, sin dobleces, sin reservas, sin egoísmos». Esta autenticidad que será el *leitmotiv* de su vida. El lector no podrá evitar la sonrisa, en ocasiones risa, ante las anécdotas que ocurren en los pueblos: Mislata, Picassent, Quart de Poblet, Massamagrell, véase especialmente Catarroja, en página 334.

Según pasan los años se va afirmando su carrera política y aumentan los sinsabores de una lucha contra los carlistas, los católicos, la derecha tradicional en fin, pero que luego se agrava por las desavenencias dentro de su mismo partido que le llevarán a separarse no solo del Blasquismo, el PURA, liderado por Sigfrido Blasco, sino, como veremos, del Radical de Lerroux.

Fue concejal del Ayuntamiento de Valencia, ininterrumpidamente desde 1912 a 1937, excepto los cuatro años reglamentarios, y con el tono de humor medido con que están escritas estas *Memorias*, resume su labor de esta manera: «No hice grandes cosas en el Ayuntamiento. Más importantes fueron las que deshice o impedí que se hicieran», pero en su haber están el fomento de la construcción de casas baratas en algunos barrios y el impulso y ampliación de las colonias escolares subvencionadas por el



Ayuntamiento. Fue inspector de tranvías, logrando la ampliación de las líneas. Apoyó a la comisión de limpieza en la empresa de sustituir a los basureros por nuevos servicios más modernos, y muchas más cosas de las que no se enteró el público «sino en parte muy reducida». También fue primer teniente de alcalde y el primer alcalde republicano.

En su libro *Las conspiraciones contra la Dictadura* (Zeus, Madrid, 1930) dejó testimonio del movimiento revolucionario que protagonizaron entre otros Blasco Ibáñez, Unamuno y Rafael Sánchez Guerra. No pudieron derrocar al dictador, se les castigó con la cárcel o el destierro, pero sin duda fueron pesos que aceleraron la llegada de la República.

Este último período, según su hijo Félix, cuya «Nota previa» transforma en innecesarias nuestras reflexiones, significó para el periodista y político «un cambio evidente en el tono del relato».

Es cierto que el triunfo republicano colmó sus deseos, pero pronto la realidad que él vivió como gobernador de Córdoba, y después como diputado en las Cortes, fue recortando sus expectativas. Ya, como periodista, había dejado *El Pueblo* por diferencias de criterio con Félix Azzati, que murió en 1928, pero lo más duro para él fue la compra del periódico por Sigfrido Blasco, que le imprimió un tono muy alejado de sus convicciones. También la actitud de ciertos «compañeros» como Ricardo Samper amargó su labor. Y el caciquismo, representado nada menos que por el Presidente de la República, llevó su desilusión al extremo de tratar de, sin dejar la política, conseguir una independencia que le permitiera expresar su postura. Había dejado el Partido Radical y después el PURA y, en 1933, después de las elecciones ganadas por la derecha, fundó con los que eran sus amigos Esquerra Valenciana: Faustino Valentín, Juli Just, Héctor Altabás, Vicente Alfaro..., que pronto contó con la adhesión de muchos de los anteriores afiliados al PURA.

Es muy interesante su participación, como periodista y como político, en la denuncia de la represión de la sublevación de Asturias, en especial su empeño en esclarecer el asesinato de Luis de Sirval. Sirval, seudónimo de Luis Higón, era valenciano, residente en Madrid y conocido de Lerroux, «la versión oficial decía que el periodista había intentado agredir al ruso Ivanoff, oficial del Tercio, quien lo mató. Decían que el supuesto agresor era comunista. Es bien sabido que el desgraciado Sirval no era comunista ni intentó agredir a nadie, detenido como estaba en un calabozo. Al registrar su maleta vieron cuartillas y fotografías de la información recogida en Villafría. Allí le asesinaron tres oficiales, Dimitri Ivanoff, Pando Caballero y Rafael Florit de Togoires. Una mujer, desde un balcón o una ventana recayente a la comisaría, presencié la tragedia».

Pero su actuación no obtuvo en las Cortes el efecto deseado: «Apenas comencé mi breve discurso, la mayoría, temiendo que trascendiera la magnitud de la represión, ahogaba mis palabras con gritos y protestas», escribe realmente apenado... A pesar de haberse integrado en la minoría de Izquierda Republicana, «Los asesinos de Sirval no fueron molestados, ni entonces ni durante los años que sobrevivió la República».

También defendió a la organización de los estudiantes liberales, la Federación Universitaria Escolar, a la que pertenecían sus hijos y que tanto había contribuido al advenimiento de la República; y a la masonería, en la que ingresó a los cuarenta años y cuyas condiciones esenciales («vida honesta, sentimientos elevados, tolerancia, amor a la libertad y al prójimo»), coincidían con sus propias ideas y su vida. También el ser masón contribuiría a su persecución por el franquismo: «Ahora bastaría eso para fusilarme», dirá en sus años de reclusión, cuando escondido escribía estas memorias.

Durante la Guerra Civil su talante humanitario y pacifista le hace sufrir tanto por él y su familia como por los otros, y no duda en ayudar a gentes de derecha víctimas de un desorden que el desbordado Gobierno no podía controlar, igual que otros políticos valencianos que pagaron con sus vidas su honestidad. Marco, como Peset, como Molina Conejero, pudieron haberse salvado, pero sus convicciones no les permitían escapar, abandonando a su patria aún en lucha, y a sus familias. Tampoco creían que su actuación mereciera un castigo tan injusto y cruel.

¿Quién mató a la República?, se pregunta en los párrafos finales: «La mataron la plutocracia, la cerril intransigencia clerical, el caciquismo destructor, todas las fuerzas tradicionales a cuyo servicio estuvo siempre el instrumento adecuado, el ejército. El ejército, que no ha sido nunca servidor de la nación, sino de una parte de ella, la más funesta, la más antipatriótica». No todo, claro, pero como dirá en otro momento: «el militar no puede ser liberal» (p. 396). Y se demuestra en todas las guerras, las anteriores, las de ahora... Faltaría quizá una referencia a la actitud de las democracias, a la no-intervención, a los intereses ajenos, estalinistas u occidentales...

Pero, en definitiva, estas páginas limpias, humanas, ese «no hallo motivos para arrepentirme», nos entregan una vida que nunca será estéril, una voz que guiará muchos caminos. Éste es mi tributo, mi deseo. ■

M^a FERNANDA MANCEBO
Universitat de València

